

LA PENETRACIÓN RUSA EN ASIA CENTRAL por FEDERICO ENGELS

New York Tribune

3 de noviembre de 1858

Hace algunas semanas, hemos dado cuenta de los inauditos progresos realizados por Rusia durante estos últimos años en Asia Oriental, en la costa occidental del Pacífico. Llamamos hoy la atención de nuestros lectores acerca de semejante progreso de la misma potencia en otra región del Asia Central.

Desde que Inglaterra y Rusia han enviado simultáneamente tropas a Asia Central en 1838, se discute a menudo sobre la eventualidad de un choque entre estas dos grandes potencias —Rusia e Inglaterra— a mitad de camino entre Siberia y la India, de un conflicto que oponga cosacos y cipayos en las riberas del Oxus. [...]

Cuando estalla la guerra que acaba de terminar, se plantea de nuevo la cuestión: ¿pueden los rusos emprender una marcha en dirección a la India? Pero la opinión pública no estaba entonces muy al corriente de los movimientos de las vanguardias rusas y no era capaz de reconocer con precisión su progreso. En la época, periódicos indios traían noticias sobre las conquistas rusas en Asia Central, pero no se les prestaba mucha atención. Finalmente, en el curso de la guerra anglo-afgana de 1856 es cuando se ha planteado toda la cuestión. Pero, entre tanto, la situación ha evolucionado considerablemente y en la actualidad adquiere un aspecto agudo. [...]

Por mi parte, añadiré simplemente algunas consideraciones sobre el alcance militar de la penetración rusa en Asia Central por lo que concierne a la India.

Cabría preguntarse por qué razón Alejandro II ha publicado documentos sobre las intrusiones rusas en Asia Septentrional y Central, cuando Nicolás tenía costumbre de ocultarlos ansiosamente a los ojos del mundo. Conviene responder primeramente que el zar Alejandro se halla en una situación que su padre nunca ocupó, posición que le autoriza a iniciar a Europa en los misterios de la «misión asiática» de Rusia, haciendo de Europa su colaboradora declarada en la realización de esta misión. En segundo lugar, esos documentos solamente son accesibles en realidad a los sabios alemanes que cantan sus alabanzas a Alejandro, porque se digna contribuir a la difusión de los conocimientos geográficos. En fin, el viejo partido moscovita era bastante ingenuo para lamentarse de una pretendida pérdida de prestigio de Rusia tras la guerra de Crimea. Alejandro les respondió publicando documentos, de los que se desprende claramente que no solo Rusia ha efectuado progresos materiales inauditos en el curso del siglo pasado, sino también que su simple publicación es ya una provocación que afirma el «prestigio» en un tono que el mismo Nicolás no se hubiera atrevido a usar.

Cuando Napoleón rodeó Moscú con una línea en su mapa en 1812, a fin de hacer de ella la base de operaciones contra la India, no hacía sino seguir el ejemplo de Pedro el Grande. Desde 1717, este príncipe que veía lejos, determina con vistas a sus sucesores cuales eran todas las direcciones posibles para operar conquistas e hizo figurar en buen lugar la expedición contra Jiva que debía mantenerse naturalmente durante mucho tiempo sin resultado. Durante un largo período, Rusia fue incapaz de llegar a las estepas de Turan. Sin embargo, entre tanto, el territorio entre el Volga y el río Ural fue poblado por los cosacos que fijaron la línea a lo largo de este río. Pero más allá, la soberanía de Rusia sobre las tres hordas o pueblos kirguises era puramente nominal, y las caravanas rusas fueron saqueadas por ellos y por los jivaníes hasta que Rusia envía al general Vasili Perovski como comandante en jefe a Oremburg. [...]



Mientras que Europa dirigía toda su atención hacia las batallas libradas en el Danubio y Crimea en 1854, Perovski impulsa su avance contra Jiva, con un ejército de 17.000 hombres, saliendo de la base de operaciones del Syr-Daria. Sin embargo, el jan no esperó su llegada al Oxus. Envió un emisario al campo de los rusos que firmaron un tratado por el cual el jan de Jiva reconocía la soberanía de Rusia. [...]

La importancia enorme de estas conquistas, desde el punto de vista militar, tienen que ver con el hecho de que constituyen el núcleo de una base de operaciones contra la India. De hecho, después de tal avance de los rusos en Asia Central, el plan de ataque de la India a partir del norte sale del reino de las especulaciones para tomar determinadas formas precisas. Las regiones tropicales de Asia están separadas de estos territorios pertenecientes a la zona templada por una amplia faja desértica que parte desde las proximidades del golfo Pérsico y atraviesa el continente hasta las fuentes del Amur. Haciendo aquí abstracción del territorio del Amur, esta faja desértica era hasta hoy prácticamente infranqueable por los ejércitos, siendo la única vía concebible la que conduce de Astraband hacia el mar Caspio por Herat hacia Kabul y el Indo. Pero, considerando que los rusos tienen el curso inferior del Jaxarte (Syr-Daria) y el Oxus (Amur Daria) y que con rutas militares y posiciones fortificadas se puede abastecer en agua y víveres un ejército en marcha, el desierto de Asia Central no constituye un obstáculo militar. En lugar de una ruta incómoda que vaya de Astraband por Herat hacia el Indo, Rusia dispone ahora de tres rutas diferentes que, en un futuro próximo, pueden estar enteramente dispuestas para la marcha de un ejército.

96

En primer lugar, existe la vieja ruta que pasa por Herat que, en las condiciones actuales, no seguirá mucho tiempo cerrado a los rusos. Luego existe el valle del Oxus que va de Jiva hacia Balch y, finalmente, el valle del Jaxarte que va de Akmetchet hacia Cocande, desde donde una tropa puede avanzar transversalmente en un país bien provisto de agua y relativamente poblado en dirección a Samarcanda y Balch. Herat, Samarcanda y Balch constituirían entonces la base de operaciones contra la India. Balch se halla solamente a 500 millas de Peshawar, la vanguardia situada al noroeste del Imperio anglo-indio. Samarcanda y Balch pertenecen al jan de Bujara, que acaba de caer en poder de Rusia. Ahora bien, desde el momento en que Astraband (que los rusos ocupan ahora o pueden ocuparlo el día que quieran) y Balch se encuentren en manos de Rusia, Herat ya no puede sustraerse a su dominio, por poco que Rusia lo quiera. Cuando esta base de operaciones se halle efectivamente en las manos de Rusia, Inglaterra tendrá que combatir por su Imperio indio. Balch no se halla más lejos de Kabul que esta de Peshawar y este simple hecho pone en evidencia que el espacio neutro entre Siberia y la India se ha vuelto muy pequeño. [...]

ANEXO HISTÓRICO

Nicolás I (1825-55). Nikolai Pavlovich Romanov (1796-1855), hijo de Pablo I y de Sofía Dorotea de Wurtemberg (Maria Feodorovna), sucedió a su hermano mayor, Alejandro I (1801-25), que nunca se supo a ciencia cierta si murió o si estaba tomando cañas. En la sucesión más tragicómica disputó con su hermano Constantino a quién le correspondía por derecho la renuncia al trono. Superada la suya, por ¡falta de preparación!, por Constantino, matrimonio secreto y morganático, enfrentó a los liberales decembristas y emprendió la guerra de Crimea. Murió sin ver la caída de Sebastopol.

Alejandro II (1855-81). Aleksandr Nikolaievich Romanov (1818-81), hijo de Nicolás I y de Carlota de Prusia (Alejandra Feodorovna), gran reaccionario, sufrió varios intentos de asesinato, no todos perpetrados por el grupo *Narodnaya Volia* (La Voluntad del Pueblo). El 13 de marzo de 1881, mientras acudía en San Petersburgo a pasar revista rutinaria a sus tropas, bombas populistas le hirieron gravemente. Trasladado al Palacio de Invierno, murió ese mismo domingo.

En referencia a los métodos populistas publicamos en el número 14 el artículo de Trotsky *La posición marxista acerca del terrorismo individual*. A su vez, Lenin dedicó las primeras páginas de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* a la crítica del programa económico populista.

Napoleón III (1852-70). Carlos Luis Napoleón Bonaparte (1808-73), sobrino de Napoleón, fue el único presidente de la II República Francesa (1848-52) y segundo emperador hasta la derrota en la batalla de Sedán (1870), a manos de Prusia. Apresado por von Bismarck, el General Louis Jules Trochu y el político León Gambetta establecieron un Gobierno de Defensa Nacional contra la amenaza prusiana, que puso fin al Segundo Imperio y dio paso a la III República y a la Comuna de París.

Marx escribió abundantemente sobre los procesos en los que tomó buena parte Napoleón III (El 18 de Brumario de Luis Bonaparte, Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 y la serie de manifiestos contra la guerra franco-prusiana —1870-71— del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, editados conjuntamente con el título La guerra civil en Francia).

Lord Palmerston (1784-1865). Henry John Temple, tercer Vizconde de Palmerston. Adalid de la política colonial inglesa, fue uno de los grandes artífices del desarrollo de la guerra global que el Imperio Británico libró en el siglo XIX. Su principal proposición teórica pública se resume en la frase: «Inglaterra no tiene amigos permanentes ni enemigos permanentes. Inglaterra tiene intereses permanentes.» Inglaterra, por supuesto, era la burguesía con título nobiliario forjada en los siglos XVI y XVII. Pasa, por un gran patriota.

Militante en el partido conservador (*tory*) hasta 1830, luego en el partido liberal (*whig*), fue primer ministro británico en dos ocasiones (1855-58 y 1859 hasta su muerte); desde 1807 fue miembro del gobierno de forma continuada, excepto un breve lapso entre 1834-35. Ocupó las carteras de Guerra e Interior y dirigió el *Foreign Office*.

En 1834 participó en la creación de la Cuádruple Alianza (R. U., Fr., Por. y Esp.) contra las monarquías absolutistas (Austria, Prusia y Rusia), que influyó decisivamente en las problemáticas sucesiones de María II en Portugal y de Isabel II en España, consolidando diplomáticamente el protectorado que Wellington ganó por las armas a Napoleón.

En 1841 promovió la Convención de los Estrechos (R. U., Fr., Au., Pr. y Ru.), que retrasó el derrumbe del Imperio Otomano, garantizó el acceso británico al Mediterráneo -privando de él a Rusia- y consolidó la influencia británica en Egipto, menoscabando la francesa. En 1842 participó en la firma del Tratado de Nankín. Concluyó la Guerra de Crimea (1853-56) contra Rusia, que puso fin público y notorio a la alianza entre las monarquías absolutistas. En nuestras palabras, dio sepultura definitiva a las aspiraciones reaccionarias de restaurar el feudalismo como modo de producción dominante a nivel mundial.

Reprimió, con el mismo éxito mostrado en los conflictos entre potencias, el alzamiento de los cipayos de la India (1857-58).

Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-42). Frente a la expansión rusa en Asia Central, el gobernador general de la India británica presentó al emir de Afganistán, Dost Muhammad (1826-39 y 1843-63), un ultimátum para que expulsase al delegado ruso en Kabul.

Ocupado Afganistán por las tropas británicas y preso el emir, uno de sus hijos dirigió un levantamiento que expulsó a los británicos, liberó a su padre y le restituyó en el trono.

En 1855 ambas partes firmaron un acuerdo de paz que no impidió la segunda invasión británica en 1878.

Tratado de Nankín. Tratado de paz firmado el 29 de agosto de 1842 entre el imperio británico y chino, que oficializó el fin de la Primera Guerra del Opio. Del contenido de dicho tratado puede deducirse fácilmente quién ganó la guerra: cesión a perpetuidad de Hong Kong, apertura de 5 puertos al comercio británico y, también, a su diplomacia, a través del derecho a establecer consulados.

Los cónsules fueron usados para todo tipo de provocaciones a las autoridades locales chinas y al emperador, lo que dio lugar a la serie de Guerras del Opio y a lo que se conoce como Tratados Desiguales.

Los británicos consiguieron destruir la manufactura y el descentralizado estado chino, recaudando, no hay que olvidarlo, mucho dinero. Solamente en el Tratado de Nankín fueron 21 millones de dólares, por varios conceptos: 6 millones por opio confiscado; 3 millones por deudas de comerciantes chinos en Cantón; y, 12 millones, como compensación por los costes de la guerra.

Guerra de Crimea (1853-56). El Imperio Otomano era, en palabras de Marx, un «cadáver exánime», pero su desguace entrañaba el peligro de una gran guerra, evaluación confirmada por los hechos posteriores.

La Guerra de Crimea, cuyos primeros contendientes fueron los imperios ruso y otomano, estuvo precedida de la memorable derrota rusa en un conflicto diplomático en la corte del sultán Abdülmejit I.

Un tratado del siglo XVIII comprometía al sultán a defender la religión cristiana. Estaba en disputa si era la católica o la ortodoxa y quién sería el gendarme de los intereses cristianos en territorio turco, Francia o Rusia.

En realidad, estaba en juego la posibilidad de la flota rusa de salir al Mediterráneo por los estrechos del Bósforo y de Dardanelos, controlados por los turcos.

El sultán se decantó por Francia y Nicolás I envió sus tropas a Moldavia y Valaquia, para «proteger a los cristianos ortodoxos del Imperio Otomano. La guerra había comenzado. Los rusos destruyeron la flota turca en la batalla de Sinope (1853). Británicos, franceses y piemonteses fueron en ayuda de los turcos (1854). En 1855 cae Sebastopol, dando término a la guerra con la firma del tratado de paz en 1856 en París.